

PQ7298

.17

.05

56

2004



Universidad Autónoma de Nuevo León

Editor:

Ernesto Castillo

Ing. José Antonio González Treviño

Rector

Ciudad de la edición:

Luis Enrique Gómez Vasegas

Dr. Jesús Áncor Rodríguez

Secretario General

Diseño y formatografía:

Dr. Ubaldo Ortiz Méndez

Secretario Académico

Editorial de poesía:

M. C. José Hernández Cervantes

Director de la Editorial de Poesía

Impreso en el Taller de Imprenta de la Universidad Autónoma de Nuevo León

Prohibida la reproducción o transformación de esta obra en forma electrónica o mecánica, fotocopia o sistema para recuperar información, sin permiso del editor.



FONDO UNIVERSITARIO

Azul

Estaba leyendo cuando una mano helada le acarició la mano derecha, comprendió que ella había muerto, pensó en José Alfredo Jiménez: sintió que su vida se perdía en un abismo profundo y negro. Dos horas después una voz de mujer le daba la fatal noticia: Karina no había superado la cirugía a corazón abierto. Del otro lado de la ventana una pesada y melancólica lluvia mojaba las banquetas, dos mujeres corrían para ahuyentar las gotas que las acerbaban. Quiso llorar pero no pudo, la mano helada le apretaba la garganta y una aguja taladraba su cerebro; sintió sueño y se dirigió a la cama, dejó su libro sobre la mesa de noche negra que perteneció a su madre. Había estado los últimos dos días leyendo la novela que ella le recomendó: una novela que encontró precisamente en el lugar donde Karina le dejó: "Biblioteca 'La Décima Musa', quinto estante, tercer peldaño, al lado de *Las metamorfosis*; clasificación '134', lo supo porque lo tenía apuntado en el cuaderno de unanzas con fecha del 30 de septiembre, bajo la data una pequeña nota: "ojalá te guste, aunque lo mejor sería leerlo en el idioma original"; hubiera preferido leer algo más interesante pero esperaba platicar con ella sobre este libro, ella le habló tanto de esa novela y de las notas que dejó en ésta. Lo que le importaba era encontrarse con Karina luego de no verla durante casi dos años. Julieta le avisó que la habían internado de urgencia por un mal cardíaco que la aquejaba desde hacía varios meses y él se juró que iría a visitarla, pero antes leería aquella novela que Karina le contó a medias cuando todavía iban juntos a la facultad, se lo había prometido; como le prometió que leería la misma edición, más: como le había prometido que leería el mismo ejemplar, por eso lo escondió Karina en la biblioteca aquel 25 de septiembre. Ahora tiene, sí, un hueco en el pecho, bofedero de ella, y Karina... fantasma sin rostro, vientre de cuna.

Despertó mojado por un sudor helado, envuelto en un caldo blanco que le manaba por los costados de todo el cuerpo. Estaba

Azul

Estaba leyendo cuando una mano helada le acarició la mano derecha, comprendió que ella había muerto, pensó en José Alfredo Jiménez: sintió que su vida se perdía en un abismo profundo y negro. Dos horas después una voz de mujer le daba la fatal noticia: Karina no había superado la cirugía a corazón abierto. Del otro lado de la ventana una pesada y molesta lluvia mojaba las banquetas, dos mujeres corrían para atajarse las gotas que las acribillaban. Quiso llorar pero no pudo, la mano helada le apretaba la garganta y una aguja taladraba su cerebro; sintió sueño y se dirigió a la cama, dejó su libro sobre la mesa de caoba negra que perteneció a su madre. Había estado los últimos dos días leyendo la novela que ella le recomendó, una novela que encontró precisamente en el lugar donde Karina la dejó: "Biblioteca 'La Décima Musa', quinto estante, tercer peldaño, al lado de *Las metamorfosis*; clasificación: PQ312/.54/GO1984", lo supo porque lo tenía apuntado en el cuaderno de finanzas con fecha del 30 de septiembre, bajo la data una pequeña nota: "ojalá te guste, aunque lo mejor sería leerlo en el idioma original"; hubiera preferido leer algo más interesante pero esperaba platicar con ella sobre este libro, ella le habló tanto de esa novela y de las notas que dejó en ésta. Lo que le importaba era encontrarse con Karina luego de no verla durante casi dos años. Julieta le avisó que la habían internado de urgencia por un mal cardíaco que la aquejaba desde hacía varios meses y él se juró que iría a visitarla, pero antes leería aquella novela que Karina le contó a medias cuando todavía iban juntos a la facultad, se lo había prometido, como le prometió que leería la misma edición, más: como le había prometido que leería el mismo ejemplar, por eso lo escondió Karina en la biblioteca aquel 25 de septiembre. Ahora tiene, él, un hueco en el pecho, huérfano de ella, y Karina... fantasma sin rostro, vientre de cuna.

Despertó mojado por un sudor helado, envuelto en un caldo blanco que le manaba por los cráteres de todo el cuerpo. Estaba

cansado. Estaba lleno de dolor y de lágrimas, lleno de muerte, de sangre que se le juntaba en la cabeza y le hacía parecer aquel hombre verde que se rasgaba las vestiduras cuando Bruce Banner se enfurecía. Se dirigió al cuarto de baño y llenó el lavabo con agua fría, la lluvia había cesado, se embadurnó la cara con espuma para afeitarse y se dispuso a rasurarse, el rastrillo pretendía acariciar mortalmente aquella garganta pero él cayó en la cuenta que no tenía barba, mojó su rostro y el espejo le regresó la imagen de un hombre desconocido, tres años más joven. Deseó que el tiempo se detuviera, que la tarde no siguiera su viaje rumbo a la noche; su mente se pobló de fantasmas, de ánimas, de recuerdos, de rostros infinitos y llenos de vida. Una multitud de voces se hizo presente, voces desconocidas, lacerantes, las mismas voces que aparecían en sus noches desveladas, noches que no amanecían nunca. El teléfono sonó cuatro veces, él las contó y no quiso contestar, no quería saber a qué hora era el sepelio, no quería enterarse que la otra mitad de su vida, la que no supuraba olvido, se perdería tres metros bajo tierra, no quería enterarse de que el llanto le estaba negado, no quería enterarse pero lo sabía, en el fondo lo sabía. Sabía que él estaba muerto desde que Karina se fue, sin embargo tenía la esperanza de los ciegos, tenía la esperanza de volver a tocarla con su mirada. Tenía la esperanza, sólo eso, una estúpida esperanza.

Del otro lado de la ciudad, envuelta en un vestido blanco, *Un ojo claro se alza en la noche triángulo de sirenas por donde maquillada, con su cara angelical, Karina, custodiada por cuatro viaja su destino; tiene el corazón debajo de la lengua remendado tantas cirios chisporroteantes. Susurros de voces: pobrecita, tan joven, veces con saliva de mujeres desconocidas. Muerta la sostiene dentro qué quiere, la vida es así, ¿tenía novio?, yo creo que no, qué desdicha de su nube azul, siente la boca reseca, desierta de palabras, para sus padres, ¿su única hija?, sí, lo que deben sufrir, los acompaño su lengua se acurruca en la garganta. Acariciando, nubes de polvo en su dolor, lo siento mucho, qué bonita se ve. Pobre. Dormidita. levantándose en la noche de plata, su nombre, desgarrado, viento*

del norte surcando las olas de un mar inexistente, en su boca sangrándole las encías, tropezándose, vuelo de pájaro envuelto en tinieblas, sus palabras con los suspiros, se enredan las sílabas, se le pudren las ideas.

Un gato se coló por la ventana justo cuando él soltaba la fotografía de Karina, la única imagen que conservaba de ella, "*bendito olvido que ciegas la mente de los enamorados*", lo estremeció su pensamiento, se vio presa del mismo olvido. Una sonrisa se dibujó en su rostro, si no podía llorar, por lo menos debería reír, debería reír como los locos, de nada y de todo, de la vida, de lo absurda que es la vida, pero sobre todo quería reírse de la muerte. Quería volar sobre los techos, desahuciado de amor. Un aleteo. No hizo caso, pensó en palomas, pensó en mil aves, pensó, creyó haber pensado como había creído los cuentos que le contaba su madre, como había creído mentiras de tantas mujeres y tantos amigos, como creía siempre. La lluvia volvió a sonar tras la ventana. Pensó.

Sobre la mesa dos platos, y él, sin hambre, esperaba que Karina viniera a despedirse, que apareciera en la puerta por la que se fue, la esperaba, él, vestida de azul como en sus sueños. No apareció, no apareció como tampoco había aparecido su madre ni su padre, ninguno de los muertos que esperó. No apareció. Sintió frío y pensó en el aliento azul de la muerte. Abrió un libro con una cara de mujer en la portada y voló, sin despegar los pies del suelo, sin leer una palabra.

La noche se asomó por la ventana, bajo la lluvia, plagada de recuerdos. Él la recibió así, vestido de gala, vestido de azul, como a Karina le gustaba, como le gustaba el negro, el rojo o el blanco. Como le gustaba desnudo. Se quedó dormido en el sofá.

Ella sale del baño envuelta en un *baby doll*, *la oscuridad de sus cabellos le llueve en la espalda*, camina despacio, *rostro de niña agrandada*, contoneándose sobre la alfombra azul marino, él la espera, la ama, besos, amor de bocas cerradas. La luz de plata se cuela por

la ventana abierta, *todo se vuelve rumores*, zumbido de mosquitos, *jadeos, caricias*; música de "Los Diablitos" en la casa del vecino y ellos amándose. La muerte los mira a lo lejos, los mide y los circunda, silenciosa, no hay mañana, labios que buscan otros labios y un ojo negro. En medio de la ternura, la noche estalla con su beso de luna, gatos de azotea y ronroneos. Agitación de sábanas y pieles, mudos patitos de hule en la bañera donde antes estuvieron bajo el agua. Se hunden en sus brazos, mueren en sus labios. Viento. Más arriba se escucha el estrépito de los autos, el mar de gente, miles de rostros insensibles. Noche. Él, como hormiga por la espalda morena de ella, él y ella, dos, uno. Silencio de besos. Cuatro manos en busca del milagro: la muerte chiquita. Labios que matan como espadas, lenguas de serpiente en geografías desconocidas. Sueño. Frío. Nada, ya no seguían fundidos en la media oscuridad.

12 Cuando sintió una gota resbalar por su frente se sobresaltó, despertó de golpe, el cuerpo le pesaba y sus brazos flácidos parecían pegados a los brazos del sofá. Sintió de pronto una extraña sofocación y probó un insólito sabor en su boca, un sabor frío, azul. Vio el libro intacto, no tenía caso empezarlo. Afuera no llovía, pero las gotas lo perforaban a él, estaba desierto.

El teléfono sonó cuatro veces, el cerebro se fue despejando, huyó el letargo de las piernas, se le aclararon los ojos. Una voz de mujer anunció la noticia: Karina no superó la cirugía a corazón abierto, murió. Un silencio le explotó en los oídos, era domingo.

Nos vemos pronto

"El arquero despeja de puños contragolpe del equipo local avanza 'chelito' por toda la banda tres cuartos de campo se corta en diagonal al centro linderos del área viene el tiroo "

El ruido de unos tacones en el corredor interrumpió la gran jugada. El sol se sumía en el letargo nocturno. La puerta sonó cuatro veces. Una mano fría estrechó la diestra de Manuel, estaba helada como la botella que, encima de la mesa, brillaba medio llena; Manuel se sorprendió de la visita, una mujer alta, delgada, con un par de ojos negros como la noche de los deseos.

-¿Estás solo?

No supo que contestar, la lengua se le clavó en el paladar mientras un buche de saliva le recorría la garganta. Un sudor frío corrió por su frente.

-Vámos, no te asustes. Sólo quiero pasar un buen rato.

En la televisión, el Atlas caía dos por cero ante el CruzAzul, el balón dibujó una curva, se incrustó en el ángulo superior de la derecha, haciendo inútil la estirada del "Conejo" Pérez; Manuel volteó para ver la repetición, el comentarista, alardeando con sus mejores adjetivos, definía la anotación *"un poema de gol alfombra roja y caravanas golazo"*

-¿No me invitas una cerveza?

En el refrigerador aún quedaban almacenadas once cervezas, sobrantes del clásico Tigres-Monterrey. Manuel se dirigió a la cocina en busca de la bebida. Encima de la mesa, un plato ancho le dio la gran idea de improvisar unas botanas: pistaches y cacahuates con salsa "La botanera".

-Si tienes un limoncito y un poco de sal.

El cajón de las legumbres lucía vacío, él recordó en ese instante que hacía más de un mes que no surtía la despensa, desde que lo dejó su mujer los asuntos de la oficina absorbieron todo su tiempo. Pensó en Claudia, su esposa, se preguntó el porqué de su adiós. Tal

vez, pensando en su eternidad inexistente, él nunca cayó en la cuenta de que ya no tenía tiempo para dar, siempre deprisa, absorbido por el trabajo. O quizá fue por esa manía de no perderse ningún partido de fútbol por la televisión, era la máquina en tiempo libre fundida con un balón. Escuchó un canto de gol pero no le dio importancia. En el fregadero se levantaba una pila de trastes sucios, Manuel se dio cuenta que tenía más de dos semanas sin lavarlos, otra razón para extrañar a Claudia. Destapó dos cervezas y se dirigió a la sala donde la helada mujer observaba con atención las fotografías que adornaban las paredes.

-¿Esa es tu mujer?

-Sí.

-¿Dónde está?

Volvió a quedarse mudo, sus palabras se fueron a casa de doña Amelia, su suegra, quiso contestar que había corrido a Claudia porque ya no la amaba pero no pudo, en ese instante "El loquito" García marcó el tercer tanto de "Los Zorros" "*gol que mata Atlas tres Cruz Azul dos*". Manuel esperó a que las cinco repeticiones terminaran para invitar a la mujer de largos cabellos a sentarse.

-Toma asiento

-¿Puedo sentarme junto a ti?

Manuel se sonrojó y quiso ocultarlo, tomó su cajetilla de Marlboro Light y le ofreció un cigarrillo.

-No gracias, no fumo. ¿Sabías que fumar es una de las mayores causas de muerte en el mundo?

No respondió, lanzó la primera bocanada de humo como liberándose de un gran peso que lo asfixiaba, de un sorbo terminó con la media cerveza que lo aguardaba desde que entró la mujer que lo puso nervioso, no sabía qué platicar, un suspiro escapó de su pecho, luego esperó la embestida de la chica.

-Supongo que siempre eres así de tímido.

-No, sólo cuando algo me da miedo.

-¿Y yo te doy miedo?

Una sonrisa se asomó ligera en el rostro de Manuel, aspiró el humo de su cigarro, hizo aritos como cuando estaba en la prepa y la habitación se inundó de una tenue neblina con olor a tabaco. Ahora

tenía un estilo diferente para fumar, un estilo intelectual como lo llamaba él, daba una larga chupada al cigarro y luego lo retiraba muy despacio de su boca, como dando tiempo para que el humo visitara el lugar de las ideas.

-Responde, ¿te doy miedo?

-No, no es eso, lo que pasa es que...

Las palabras se negaban a salir. La mujer recorría con su mirada toda la sala, le llamaba la atención un librero repleto de obras que ella imaginó no poder leer ni tomándose un año sabático, "*qué aburrida es la vida de Manuel -pensó- trabajo lectura y fútbol*". La cerveza de ella seguía ahí, sin ser tocada, fría como sus manos, formando un círculo de agua en la mesa.

-Es que nada. Yo quería pasar un buen rato y tú no has hecho más que ver ese estúpido juego, todos esos monos corriendo tras una pelotita "qué divertido".

Manuel seguía callado. El arbitro pitó el final del encuentro, el CruzAzul había caído como los grandes, sin bajar los brazos, yendo al frente siempre, pero la mano salvadora de Cabuto impidió que cayera el empate. "*fue un partido difícil como todos y sólo nos queda seguir trabajando*" fueron las sabias palabras del capitán cruzazulino. Manuel seguía mudo, esperando la iluminación divina.

-Oye, ¿te incomoda mi presencia?

-No.

-¿Entonces?

Silencio. La mente de Manuel le daba vuelta a muchas ideas, el resultado del partido, preocupaciones de la oficina, el pago de la renta, y para colmo, su jefa inmediata, una mujer iletrada, mafiosa, burócrata, frígida, lesbiana de closet y demás, según sus compañeros de oficina, le hacía preguntas e insinuaciones fingidas. Se sentía mal, no podía correrla, todo el trabajo de cuatro años valdría menos que nada. Pensaba también en lo que contaría a sus amigos el lunes por la mañana cuando le preguntaran qué hizo el fin de semana: "*estuve en casa con Ruth si la jefa solitos le invite unas chelas platicamos y nada pasó lo que tenía que pasar*".

-¿En qué piensas?

-En nada

-Bueno, yo creo que me voy, ya son las nueve y tú sigues soñando con los dioses del estadio. Nos vemos pronto.

Manuel la acompañó a la puerta y la despidió con un beso en la mejilla, sintió cómo su cuerpo se tensaba pues el frío de la mujer le quemó los labios. Cerró la puerta y se dirigió al sofá, el teléfono sonó tres veces, una voz al otro lado de la línea le informó que ya estaba hecho el trabajo: *"todo salió bien no sospecharán nada yo ya cumplí así es que me pinto de colores y si te vi pos ni me acuerdo ¿oquey?"*; fue entonces cuando Manuel sintió que el "nos vemos pronto" de su jefa le retumbaba en los oídos. Un corte informativo le mostró la cara de la mujer que acababa de despedir: *"encuentran cadáver de mujer en un lote baldío al parecer se trata de un homicidio no hay pistas para dar con el asesino"*. Manuel encendió otro cigarro, el quinto de la tarde, dio un sorbo a la cerveza que su jefa, Ruth Esparza, había dejado intacta y sintió como si un gato le arañara la garganta.

La mañana del loco

L

*La lluvia ocultando sus peces
mientras la quietud de tu casa se resquebraja
tras la puerta donde agoniza la muchacha.*

José Javier Villarreal

Cuatro y diez de la mañana, un chorro de agua helada recorre tu cuerpo y se pierde en el resumidero. Un vaso de leche y un pan duro te esperan en el comedor. Vistes tu traje blanco, el de siempre, el obligatorio, el único; te diriges tras de tus compañeros, el corredor frío, sin cuadros, forrado todo de blanco, con el tiempo suspendido, burlándose siempre de la eternidad. Las tenues luces iluminan tus pasos, te recuerdan la habitación donde la encontraste, ya no recuerdas si ella estaba encima de él o él de ella, sólo recuerdas que un coraje infernal recorrió tu cuerpo y crispó tus nervios, tomaste las tijeras y las encajaste en su cuerpo más de diez veces, cuántas le dijiste a Claudia que las recogiera, que no las dejara ahí porque el niño podría lastimarse. Aquel día fatídico las encontraste como siempre, en la mesa de centro, no sabes si los gemidos y los gritos de los traidores ocultaron tus pasos, o quizá fue el inmenso placer que se dibujaba en sus rostros, el mismo placer que te impulsó a tomar las tijeras y encajarlas en el pecho de Fernando tu amigo, tu hermano, tu compañero de parrandas; lleno de ira hundías tijeretas y disfrutabas ver correr la sangre, sangre que manchó la cama, la misma cama donde Claudia se entregó a ti por primera vez. Los gritos de ella te excitaban más, tus dedos se cansaron, se acalambraron con tanta fuerza que imprimiste a las tijeras. Tu vista recorre ahora toda la habitación hasta dar con ella, te acercas lentamente, tus rasgos de niño inocente son ahora los rasgos del demonio. La tomas de la mano y besas dulcemente su mejilla e inmediatamente sueltas un duro golpe en su estomago desnudo, ella grita y cae al suelo, una lluvia de patadas alfombra su cuerpo, al fondo, la mirada muerta de Fernando observa

ciegamente la escena, golpe tras golpe sangran la nariz, la boca; los brazos ya no tienen fuerza para cubrir la nuca de tus golpes. Claudia cierra los ojos, imagina que eso no está pasando, sin embargo, el golpe de una silla sobre su espalda la devuelve a la realidad, ya no siente, ya no sufre, su cuerpo, el que fue tuyo tantas veces desde aquella noche en que sus papás no estaban y tú la llevaste a tu casa con el ridículo pretexto de que verían una película de amor, no recuerdas cuál, pero recuerdas que el televisor se quedó encendido toda la noche mientras Claudia y tú disfrutaban de sus cuerpos, ese mismo cuerpo yace ahora tirado, sin vida. Lo ves ahora como si acabaras de hacerlo, las lágrimas recorren tus mejillas; tu abogado argumentó tu locura y te internaron en este frío hospital donde no sabes si cada mañana el *electroshock* te ayuda a curar tu locura inexistente o te ayuda a borrar el recuerdo del cuerpo de Claudia.

II.

Habríais sentido latir de espanto el corazón al ver cómo recorría el cadáver, cómo se inclinaba sobre él, cómo escuchaba con ansiedad para desengañarse quién había ganado la terrible apuesta, si el brujo o la muerte.

Tádeus el resucitado
MANUEL PAYNO

Un tridente sueño lacera tu mente desahuciada, mientras en la ventana, el olvido, como gato, asecha al recuerdo, ratón del pasado. El lunar nocturno sangra luz claroscuro y la muerte vuela en una cometa de humo, en la cama yaces hombre, botín de guerra para el ganador de la lucha, vida y muerte se disputan tu cuerpo, pugnan por el derecho de poseer a ese hombre que con ciegas miradas parece implorar el descanso eterno. La sed interrumpe tu sueño, apenas un alivio leve que sabe a dolor. Tus manos, petrificadas, sienten el calor que les prodiga el beso femenino de tu amada Claudia, tu boca balbucea dos o tres palabras, pero en tu mente sólo dan vueltas sustantivos y verbos que no nombran la realidad, el "te amo" final no surge de tus moribundos labios, Claudia se niega a partir, el cielo se cae a gotas y

la escena se nutre de olor a flores. Desahuciado, buscas tus pies y sientes que vuelas por el cerúleo cielo, mientras un ave nocturna grazna la nota final. En tu mente se recrean las escenas pasadas, evocas, lloras y el grito final no provoca tu catártico deseo. La marejada de recuerdos rompe el dique de lo imposible e inunda la dolorosa escena. El perro del ayer hunde sus colmillos en tu memoria, dejando fluir la sangre de las remembranzas, se diluyen, viajan por la almohada que detiene tu cabeza agonizante. Tus labios se abren para recibir la moneda que habrá de servir como pasaporte al otro lado del Aqueronte, camino tantas veces recorrido en busca de tu pasado. El brujo anda, yerba en mano, tu ya inerte cuerpo que luce sus mejores prendas, prendas que en vida nunca pudiste utilizar pues el tan esperado evento nunca llegó, o tal vez era éste, hoy acudes con tus mejores galas a tu funeral, donde yace tu cuerpo pero tú no descansas, porque incluso el día de tu muerte viene el recuerdo de Claudia, el amor que mataste aquella mañana. Yo sólo soy tú, y no puedo hacer nada por mí, *por ti sólo llora el alma de una inmensa estrella como si fuese un ciclope muy triste al que una vez más vas a dejar ciego.*

Novena carta

...porque el amor, cuando no muere mata,
y amores que matan, nunca mueren...

Joaquín Sabina

Amor mío:

Tengo vedado tu nombre en mis labios. Tus ojos son dos luciérnagas que brillan allá, lejos; tan lejos que hay días que los pierdo de vista. Tu espalda, imaginaria como todo tu cuerpo que recorro en las noches eternas cuando el insomnio me mata, se ha vuelto parte de mis manos, de mi lengua, de mis sueños. Sé que soy tan desconocido para ti como tú para mí, pero te conozco; te conozco desde hace muchos años, desde ayer que te vi, diste vuelta a la derecha en aquella calle sin nombre. Mis ojos te siguieron, contando tus pasos durante veinte minutos hasta que te hiciste un punto gris y después... nada. Un ruido ensordecedor taladró mi cerebro, te perdí, como he perdido todo; te escapaste por una alcantarilla a las tres de la tarde, te escurriste como se escurre el tiempo entre mis dedos, llagados de tanto acariciar tu insondable recuerdo. Luego te encontré metida en un espejo, pero tú no estabas y ese pedazo de vidrio sólo me regresó mi reflejo, amorfo, tan desconocido como yo mismo. Te he encontrado millones de veces en las últimas cuatro horas mientras escribo esta carta, en rostros y voces de mujeres y niños, en los charcos, en las letras del diario que alguien olvidó en esta banca donde ahora te espero aunque sé no vendrás. Te he besado en innumerables labios a lo largo de estos treinta años que aún no cumplo; treinta años de estúpida soledad; treinta años de vagar, de la mano de nadie, por esta selva de concreto. Vago por las calles oscuras a la sombra de tus manos. He tropezado con transeúntes y autos, vendedores y prostitutas. He tropezado con mujeres a las que he prometido el cielo y las estrellas, a cambio, me han dado olvido. Tengo los bolsillos como los ojos: repletos de nada, repletos de todo el dolor que hay en la Tierra. Una vez creí encontrarte, estabas de pie, no, creo que estabas senta-

da, no estoy seguro, no puse atención a eso pues un hombre tapaba tu boca con sus labios; yo, ciego de rabia. Luego te vi de la mano de un anciano, sí, eras tú, no podrás negarlo, eran tus ojos color de la noche, él tenía cara de llamarse Eusebio, así debería ser, tu lo llamarías: "mi querido Eusebio". Caminaron largo rato por la "Plaza Morelos", se detuvieron en un aparador, te gustó un libro, no sé cuál, una sonrisa y el anciano, Eusebio o como se llame, te acarició el brazo, blanco, otra sonrisa y siguieron caminando. De regreso, el anciano era un niño, Jorgito o tal vez Lalito, tenía un helado en la mano derecha, con la izquierda sujetaba la tuya. Era un helado de fresa, seguramente lo pagaste con tu raquíutico sueldo de secretaria. Ese día quise ser el anciano o el niño, pero no, estaba, como siempre, a la mitad del tiempo.

22 Siempre a tu acecho, otra noche te encontré en un bar, sonreías tímidamente con las palabras que un fulano te decía al oído mientras bebías ron con coca-cola, lo supe porque interrogué al mesero, te asombrarías de lo que un idiota te puede decir, inventado o no, a cambio de quinientos pesos. Media hora después él salía tomándote por la cintura. Pero tú entraste luego de cinco minutos, sola, aunque con otro vestido y el cabello rubio, iba a gritarte pero una chica robó mi idea, te llamó... no recuerdo; te recibió con un efusivo abrazo, tu boca y la de ella se hicieron una. Dos copas después ya no eras la rubia, te volviste pelirroja y vestías un traje negro como tus ojos, imaginé mis manos recorriendo tus muslos, luego tus uñas clavadas en mi espalda; pero un tipo se sentó junto a ti, matando mi imagen y borrando tus rasguños. No pude quitarme el sabor a cobre que cubrió mi lengua, dos tequilas y un cigarro, la cuenta y a dormir. Cambié de idea, el verte sola y tan bella me obligó a pensarlo, fue una ráfaga de luz a mitad de la noche. Un destello cruel y frío se clavó en mis pestañas. Miles de gotas heladas laceraban mi cabeza, te tomé por la garganta, tan suave como la imaginé, y te subí al coche, tus lloriqueos de niña mimada me infundieron una excitación tremenda, vi mi reflejo en el retrovisor, las gotas seguían estrellándose en el parabrisas, "qué quieres" me dijiste con una voz entrecortada por el llanto; no respondí. Mis manos apretaban el volante, quería

desaparecerte, borrarle tu imagen de la memoria. Treinta minutos más tarde el silencio sólo era roto por la lluvia y por tus sollozos. —Bájate— grite; obedeciste como una niña dócil e indefensa, sentí tu respiración y aspiré tu perfume comprado en "Plaza México", quise poseerte pero tus signos vitales desaparecían poco a poco bajo aquel charco de agua turbia. Cargué con tu cuerpo, flácido, casi sin vida; mi mente no pensaba otra cosa, presa de la exaltación de haber acabado con un mundo de imágenes, con miles de rostros fundidos en uno solo: el tuyo. Te arrojé, o mejor dicho, arrojé lo que quedaba de ti. El río, revuelto con agua de lluvia, abrió sus fauces y te engulló de un solo bocado, nadie sospecharía.

Esa noche dormí como un angelito, sin remordimientos. Nadie dijo nada, los noticieros callaban tu muerte, yo esperaba el hallazgo, tres días después sucedió. Te encontraron diez kilómetros río abajo. Tu rostro parecía iluminado, aun cuando tu cuerpo estaba a punto de reventar. Nadie supo lo que te pasó, creyeron que caíste por accidente y la corriente te arrastró, me sentí satisfecho durante tres horas, salí a festejarlo con el sol del domingo, pero ¡oh sorpresa!, te encontré una vez más en millones de rostros. Le juré a tu recuerdo no volver a fallar. Ahora lloras igual que aquel día, perdón por las muertes que te causo pero no puedo evitarlo, tu rostro me carcome los huesos; no te asustes, no dolerá, pero antes quiero que me respondas ¿cuántas veces tendré que matarte para lograr deshacerme de tu silueta?

Te quiere:

Un corazón solitario